

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 191

Valencia, 11 de Agosto de 1937

María Carbonell. 2

“Mis hijos y yo queremos respirar durante unas semanas el aire de un pueblo libre”

De un artículo del «Daily Herald», extractamos:

El profesor Ramsay Muir, dijo lo siguiente durante un curso de vacaciones del Bedford College: Hace algún tiempo, me enteré que un profesor alemán amigo mío pasaba, con su familia, las vacaciones en una obscura y triste ciudad de la costa inglesa. Al preguntarle por qué había escogido aquel lugar, me contestó:

«Mis hijos y yo queremos respirar durante unas semanas, el aire de un pueblo libre, para permitirnos pensar por nuestra propia cuenta y expresar nuestras ideas libremente, sin la preocupación de que alguien nos está vigilando.»

(«Daily Herald», 5-8-937.)

El miedo de Hitler a la verdad

El número del “Daily Express” que insertó las fotografías de los aviadores alemanes derribados en combates nocturnos ha sido recogido por la Gestapo al cruzar la frontera alemana

BERLIN. — La Gestapo ha desplegado un verdadero lazo de fuerzas para impedir la distribución del número del «Daily Express», de Londres, correspondiente al 5 del actual.

Se ha considerado como muy peligroso que el referido periódico llegara a manos de la población civil alemana, poco dispuesta en favor de la intervención del Ejército regular «nazí» en la lucha española.

El conocimiento de la proeza realizada por los aviadores leales al derribar en vuelo nocturno a dos de los más modernos aparatos germánicos, podía producir una impresión desagradable para el III Reich, puesto que supone una superioridad de la aviación española —aparatos y pilotos— sobre la alemana.

El pueblo alemán sólo conocerá por procedimientos clandestinos el hecho de que por primera vez en el mundo se haya combatido con éxito en el aire en la oscuridad de la noche. La victoria de la aviación popular será acogida con entusiasmo en los medios populares que odian a Hitler sobre todas las cosas.

El «Daily Express» publica fotografías de los

aviadores alemanes derribados en ese combate «recuerdo».

Al pie de las fotografías dice lo siguiente:

«Walter Skellkorn, encargado de la ametralladora del avión alemán de nuevo modelo (Dornier 17, de bombardeo), derribado por un aeroplano leal en la primera batalla nocturna aérea librada sobre Madrid. Walter es actualmente prisionero.»

«Skellkorn, el sargento Herman Schmidt, radiotelegrafista teniente Seidl, comandante del avión y el piloto Jorge Kohl, escaparon del fuego de la ametralladora del avión leal, dejándose caer con paracaídas.»

«Mecánicos leales recogen los paracaídas que llevaba el avión alemán de bombardeo.»

«El orgullo alemán, no puede tolerar una verdad desagradable y quiere impedir que las madres alemanas ignoren otra verdad: que sus hijos tienen que enfrentarse con hombres más aptos que ellos, que luchan por un ideal justo contra una agresión infame.»

Temen que cada vez sean más las mujeres alemanas que dicen:

«—En España no se nos ha perdido nada y nada tenemos que buscar.»

TOLEDO

5.000 hombres y 600 mujeres, fusilados en La Pista

Los soldados españoles se sublevan contra los jefes italianos y alemanes... Luto y miseria de la zona enemiga... Moras, alemanas, italianas y portuguesas para divertir a los soldados fascistas... Evasiones y desaliento en la ciudad

Toledo está allí

A veces se pasan semanas sin que de la ciudad parta un disparo. Se va abajo, como un nido gris, de casas apretadas, con el Alcázar y los Aljibes, a la derecha. Toledo parece entonces, desde nuestras lomas

dominantes, un poblachón abandonado.

Se descubre, de pronto, Toledo, a 700 metros de distancia.

En este día de silencio, se resiste mal la tentación de dar un salto hacia dentro.

Siguiendo la línea hallaremos

otras cuñas, nuestras y del enemigo. El frente de Toledo es, por aquí, una media rueda dentada, un engranaje.

Propaganda

Nuestros comsarios aprovechan estas calmas para atacar con alta-

voces. Un soldado canta flamenco al enemigo y dice a sus soldados que se pasen. Lo hacen muchas veces. Y «el Feo», otro soldado que toca el cornetín, se pasa el día y parte de la noche tocando «La Internacional» sobre Toledo. En esto es incansable. Va, viene a comer y vuelve. Sentado en una altura, mira a la ciudad ganada y perdida y lanza sobre ella nuestras notas. Cuando se le rompe el cornetín, lo remienda con migas de pan.

A nuestra propaganda suelen contestar los fascistas con latas, campanillas y cascabeles. Es el único medio de evitar que sus soldados oigan la verdad y se pasen. Con todo, es rara la semana que no viene alguna a nuestras líneas. Y eso que creían haber exterminado allí hasta el último germen de sentimiento popular.

Los 5.000 hombres y las 600 mujeres fusilados y quemados en La Pista no eran los únicos simpatizantes con nuestra causa. Aunque en Toledo no dejaran un alma, entre los soldados traídos allí habría siempre algún hombre que sepa dónde está la verdad.

Lucha interna

De golpe, un día empiezan a salir de Toledo proyectiles a granel. No se sabe por qué. El enemigo parece tirar para celebrar algo solamente. Después vuelve a haber calma, hasta que, con algún motivo, se vuelve a oír tiroteo, bombas de mano y ametralladoras dentro.

Ocurrió esto hace dos días. Ninguna de las batallas eran dirigidas hacia nuestras trincheras. Un evadido nos explicó en seguida las causas.

En Toledo, los jefes son todos italianos y alemanes. Ni siquiera se recatan de usar los uniformes de sus ejércitos respectivos. Esto ha engendrado resentimientos en los falangistas y requetés, que sufren mal la humillación de que en Toledo imperen con tanto descaro los enviados extranjeros.

Toledo está convertido en una especie de barrio bajo de gran ciudad. Casi vacío de población civil trabajadora, sus posadas están llenas de moras, alemanas, italianas y portuguesas que divierten a los soldados de los mismos países. Sus músicas, que enlazan con la de las campanas llamando a misa en el amanecer, se oyen perfectamente desde nuestras trincheras.

Luego, un día, vuelven de Brunete los supervivientes de tal o cual batallón de extranjeros y españoles, y cantan:

«Si tú te quieres casar—con una chica de aquí—antes tendrás que pasar—por el frente de Madrid.»

EL ENTIERRO de un marino español asesinado por los facciosos, motiva una gran manifestación en Arles

Solidaridad con España

PARIS.—Ocho mil personas han asistido en Arles, al entierro del marino español Martínez, de la tripulación del «Amduzmendi», que fué torpedeado en las costas francesas.

Numerosas delegaciones y muchos particulares, han desfilado ante el cadáver del desgraciado marino, expuesto en uno de los salones de la Bolsa de Trabajo.

El entierro revistió el carácter de una grandiosa manifestación en favor de la República española.

Se pronunciaron varios discursos, uno de ellos por el secretario del Frente Popular y diputado Mr. Monton.

El capitán del «Amduzmendi», profundamente emocionado, saludó al pueblo de Arles y agradeció su afectuosa solidaridad.

Y otros remachan a coro:

«Pero si vas,—no te casarás,—porque no volverás.»

Estos «voluntarios», enrolados en el Tercio, traían, según dijo un evadido, ganas de pegar tiros en la retaguardia. Hay entre ellos algunos que llevan una gran mancha de tinta, o una cruz, en la espalda, para que los oficiales puedan saber en todo momento que no son de fiar.

Vinieron luego, también al frente de Brunete, muchos pescadores gallegos de las quintas del 38 y del 39, y se juntaron los supervivientes en Toledo con los extranjeros. Ese día hubo refriega dentro de la ciudad. Los del Tercio y los pescadores se emborracharon y, por algunas horas, impusieron su ley a los falangistas, a alemanes e italianos.

Luego vinieron los fusilamientos, que trataron de «camuflar» con un simulacro de ataque a nuestras trincheras.

¡Otros extremos!

Dos evadidos, uno de una fábrica de electricidad, otro de una fábrica de jabón, nos hablan de las pugnas interiores, resquemores y luchas entre las distintas fuerzas españolas sometidas a los jefes fascistas extranjeros.

Rumores, no confirmados, dicen por estos pueblos fronterizos que en Toledo llegó a estallar una verdadera sublevación contra aquellos jefes y sus soldados, y que la lucha llegó hasta la catedral.

De ser cierta esta sublevación de gran alcance, habrá sido llevada a cabo por las tropas de Franco contra las de Hitler y Mussolini. Y a la cabeza, sin duda, los llamados voluntarios del nuevo Tercio, unidos a los reclutas de las últimas quintas.

Cierto o no, los gérmenes de esta sublevación existen. Los españoles empiezan a rebelarse, interiormente, contra la humillante dominación extranjera.

El terror de Toledo

Los moros impusieron, al tomarlo, el más espantoso terror en Toledo. Pero aquellos moros han desaparecido, y en su lugar vienen viejos de cuarenta a cincuenta años, y chicos de catorce y dieciocho.

Los evadidos coinciden en referirse a la tristeza de Toledo. En los Maristas, convertido en cuartel de Falange, hay varias habitaciones habilitadas para prisión. Y lo mismo en el Seminario, convertido igualmente en cuarte. La ciudad está llena de cárceles, y las cárceles llenas de hombres.

A las ocho de la noche se obliga (Continúa en la página siguiente.)

Del magno proceso histórico contra los facciosos

(Este informe pertenece a las diligencias sumariales que, por orden circular de la Fiscalía General de la República, están instruyendo todos los fiscales del territorio leal)

El refinamiento en la crueldad

(Relato, según las declaraciones prestadas ante la Fiscalía del Tribunal Popular de Extremadura, por los testigos presenciales, vecinos de Garciaz (Cáceres), José Ceballos Clemente, campesino; Buenaventura Barbero Tena, campesino; Alonso Fernández Palacios, campesino; y Antonio Bernal Bayos, sastre; todos mayores de edad y casados.)

LA PAZ DEL PUEBLO, MIENTRAS FUE GOBERNADO DEMOCRATICAMENTE

Los escuadrones de caballería mora se habían apoderado del pueblo, sin que los pacíficos moradores de éste hubieran podido ofrecer resistencia.

Media hora después, el jefe de aquellas fuerzas invasoras, ordenó que comparecieran ante él — instalado en la Casa Capitular — a los tres hombres más viejos de Garciaz. Una vez en su presencia, los sometió a un interrogatorio para enterarse de los pormenores políticos que le interesaban, y decidir luego la conducta que había de seguir con el vecindario. ¿Había allí muchas personas afectas al Frente Popular? ¿Qué comportamiento habían observado los izquierdistas, desde las elecciones del 16 de febrero hasta la fecha de julio en que se había iniciado el movimiento militar?

Los viejos le respondieron con sinceridad. De seiscientos vecinos que formaban el censo de Garciaz, tan sólo unos treinta pertenecían a organizaciones derechistas. Todos los demás eran republicanos o socialistas, también había algunos comunistas y otros afiliados a las sindicales obreras.

En cuanto al proceder de éstos con los elementos de derechas, había sido de verdadera comprensión y cordialidad. A nadie se le había ocurrido molestar a ningún convecino. En aquel pueblo, los izquierdistas ocupaban los cargos de autoridad municipal desde hacía mucho tiempo, y claro está que las elecciones del 16 de febrero no habían modificado en nada, en este respecto, la vida local, que había seguido su desarrollo apacible, como lo demostraba el hecho de que los hombres de derechas continuaban allí, tranquilamente dedicados a sus habituales quehaceres, y convivían con todos sin demostrar la menor inquietud.

LOS REACCIONARIOS RECLAMAN SU DERECHO AL RENFOR

Estos informes decidieron al jefe militar faccioso a respetar, por de pronto, la tranquilidad del pueblo. Bien; en tal caso, allí no había nada que hacer...

Pero en aquel instante se oyó un violento vocerío en la calle y, repentinamente, sin previa petición de permiso, un grupo de hombres airados irrumpió en la sala y se enfrentó con el jefe, en irrespetuosa actitud de alboroto. Eran los derechistas del pueblo que gritaban unas desordenadas protestas. ¡Ellos se habían dado cuenta de lo que ocurría, y no estaban dispuestos a tolerarlo! Acababan de enterarse de la conversación que el jefe militar estaba sosteniendo con aquellos tres vejeteros, y venían a interrumpirla; porque los únicos que tenían derecho a ser oídos eran ellos, los derechistas, ¡que por algo habían intervenido en los secretos preparativos del alzamiento fascista! ¡Y ahora iban a consentir que los izquierdistas dejaran de sufrir las consecuencias? ¡De ninguna manera! En aquel mismo momento, unos cuantos falangistas habían salido rápidamente en automóvil, para entrevistarse con el coronel Yagüe, que ellos sabían que se hallaba en un lugar próximo; le enterarían de

lo que sucedía, y traerían instrucciones suyas.

El militar, carente de energía, los dejó hablar. Luego se limitó a responder que esperaba órdenes del coronel.

Apenas transcurrida una hora, el coche de los falangistas regresaba al pueblo, acompañado de un camión custodiado por guardias civiles. Los recién llegados penetraron en el despacho y entregaron al militar un escrito en el que Yagüe ordenaba que, con sus fuerzas marroquíes, saliera inmediatamente en dirección a otro pueblo que le indicaba.

Mientras tanto, en la calle, los derechistas habían comenzado ya a repartirse los fusiles, las municiones y tres ametralladoras que los guardias habían traído en el camión.

LA FEROCIA JAURIA FASCISTA, EN ACCION

Ya el pueblo en poder de los derechistas armados y autorizados por Yagüe para que procedieran como tuvieran por conveniente, se transformó Garciaz en un lugar de horrores. Allanamientos, detenciones, asesinatos de izquierdistas sorprendidos en sus hogares, y en las calles, y en el campo... Tiros por todas partes. Desolación y sangre, en

tre gritos triunfales de los reaccionarios que, al fin, podían saciar impunemente sus rencores y sus impulsos de crueldad, que habían reido que contener, recónditos y latentes, durante tanto tiempo.

La feroz jauría, capitaneada por el médico del pueblo, José Abril Martín, quien se había erigido en alcalde de Garciaz, estaba constituida (en lo que pudiera ser llamado «su estado mayor») por Angel Fernández, estudiante de farmacia, Manuel Carreras, industrial; Alfredo Palacios, secretario del Juzgado municipal; Félix Vega, campesino, y José Piña Prieto, suboficial de la Guardia civil, retirado. Entre éstos y otros cuantos rufianes que les ayudaban, dieron muerte en pocos días a doscientos once vecinos. ¡Más de la tercera parte de los habitantes de aquel pueblo!

LA MUERTE EN EL MARTIRIO

A los cuatro hombres, destacados como dirigentes de las agrupaciones políticas de izquierda en el pueblo, los retuvieron presos durante varios días; porque los facciosos reservaban para aquéllos el trágico refinamiento de darles muerte horrenda.

Bombardeo de buques extranjeros

Consecuencias de la intervención controlada

Aprovechando la impunidad que les han otorgado Alemania e Italia y confirmado tácitamente Inglaterra y Francia, más el consabido coro de naciones sin voluntad propia, los aviones rebeldes han tenido a bien arrojar una lluvia de bombas y de balas sobre varios buques extranjeros que navegaban por el Mediterráneo. Fueron ofendidas directamente tres banderas: la inglesa, la francesa y la italiana. El comandante del barco de esta última nacionalidad fué herido gravemente y falleció poco después. El observador Bruin, del Comité de No Intervención, se rompió un brazo, con lo que resultará más simbólica su representación. Sin embargo, hasta el momento en que se escriben estas líneas no ha sido bombardeada ninguna población leal como desahogo de los rebeldes o de las naciones que los protegen. Esto es lo más sorprendente del caso. Lo demás apenas vale la pena mencionarlo. De Argel salieron dos aviones militares en busca de los agresores; pero, lo más probable, es que, por casualidad, naturalmente, fuesen en dirección opuesta a la de aquéllos. El cónsul general británico presentó una enérgica protesta ante las autoridades rebeldes de Palma de Mallorca; pero probablemente teniendo buen cuidado de que no vayan a tomar demasiado en serio la protesta, ya que ello podría ser causa indirecta de una guerra o, por lo menos, interpretarse como conato de asomo de intervención. A juzgar por el texto de otras protestas o advertencias con que el manso mister Edén ha enriquecido la literatura protocolaria desde el comienzo de la guerra española, el cónsul general británico, repitiendo exactamente las frases que su jefe le dte desde Londres, dirá, poco más o menos: «Esperamos sinceramente que esto no se volverá a repetir», poniendo tal vez la energía en dar énfasis a la palabra sinceramente. Y acaso de esta enérgica protesta resulte que se aproximen un poco más la Cancillería británica y las «autoridades» de Palma de Mallorca,

las cuales, a fuerza de ser llamadas «autoridades», van a tener motivos sobrados para creerse reconocidas.

Basándonos en los precedentes establecidos durante el año que llevamos de guerra, debemos esperar otras consecuencias más importantes que las ya apuntadas. Es posible, y hasta tiene ciertos visos de probabilidad, que se le exija responsabilidad al Gobierno de Valencia; porque, bien mirado, desde el punto de vista del Derecho internacional que más frecuentemente se ha aplicado para juzgar a los leales, la causa de que fueran bombardeados los buques extranjeros fué el que se hubieran adelantado aquéllos a que iba destinada la agresión; y ya sabemos lo que puede resultar de que Hitler o Mussolini se propongan llevar este razonamiento hasta el límite a que puede llegar la dialéctica fascista. En vez de ir los acorazados italianos a bombardear Cádiz o Málaga o Palma de Mallorca, como bombardearon los alemanes Almería cuando el «Deutschland» fué por lana y salió trasquilado, serían capaces de bombardear Valencia o Barcelona o algún otro puerto de la España leal. Más probable todavía es que esta nueva agresión a buques extranjeros mejore considerablemente la disposición de ciertas naciones no intervencionistas hacia los rebeldes. Por un lado, hay potencias que con fines propiciatorios prestarán alguna ayuda que antes no hayan prestado a la causa fascista. Hay otras, más interesadas en la suerte de la rebelión, que irán algo más lejos y descubrirán, tras los disparos que de algún tiempo a esta parte han estado perpetrando sus apadrinados, síntomas inequívocos de desmoralización debida al fracaso; y, es claro, enviarán nuevos elementos a los maltratos rebeldes, a ciencia y paciencia del Comité de No Intervención. Y así, sucesivamente: para el Gobierno que el pueblo español ha elegido y se empeña en sostener y sostendrá contra viento y marea, reservan los no intervencionistas todo el rigor, todas las exigencias, todas las di-

La persecución de los protestantes en Alemania

Telegrafían al «Times» desde Berlín: «Continúa, con algunas variaciones, el juego del gato y el ratón, a que se dedican las autoridades respecto al movimiento confesional de la Iglesia Evangélica. El pastor Asmussen, eminente teólogo, ha sido puesto en libertad, pero M. Dibelius, conocido y respetado subintendente fué sacado por la policía de su casa el lunes por la mañana, a la vez que su secretario.

No sabemos si M. Dibelius ha sido conducido al cuartel general de Policía, para un simple interrogatorio, o si va a ser encarcelado. Sin embargo, se comprueba que cuando ocurren estas cosas, es con vistas a un encarcelamiento. Hace unos días, M. Dibelius, fué avisado por la Policía de que se había abierto una instrucción contra él y que sería oído el 6 de agosto. Se invoca en contra suya la ley de protección del Estado y del Partido y se le acusa de pérfidos ataques. El hecho en el que se fundan parece ser una carta abierta dirigida en febrero a M. Kerrl, ministro de Asuntos eclesiásticos, y que se distribuyó a los fieles de la Iglesia confesional.

El día 15 de agosto, al atardecer, aquellos hombres, Florencio Sánchez, Pedro Mozas, Juan Carrasco y Francisco Morales, fueron traídos desde la cárcel de Logroñán, a la que habían sido conducidos el día 31 de julio. Ya en la Plaza Mayor de Garciaz, les ataron pies y manos con cadenas, los tumbaron en el suelo, derramaron sobre ellos unos cubos de gasolina y los prendieron fuego...

Una banda de trompetas elevaba estridentes sonos para ahogar los alaridos de dolor de aquellos desdichados que, como macabras brasas crepitantes, se retorcan en desesperadas convulsiones agónicas.

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN

otros ejércitos invasores, todo indulgencia, ayuda, perdón. El día menos pensado, esos aviones facciosos se desorientan en las entrañas de una nube y van a dar sobre Gibraltar, o sobre Marsella, o sobre Roma; y creyendo que están sobre Tarrasa, o sobre Gijón, o sobre Madrid, dejan caer su mortífera carga. Destruirán monumentos, asesinarán a centenares de seres humanos. Si hay manera de atribuir el crimen al Gobierno leal, ¡pobres nosotros! Si no, como si no hubiese pasado nada. Cuanto se pierda en la catástrofe será menos importarte, para los unos, que el éxito de la causa fascista, y para los otros, que el propósito firme de no intervención.

(«El Socialista», Madrid, 8 agosto de 1937.)

- TOLEDO -

(Continuación)

a la poca población civil o recogerse, y empiezan las músicas exóticas. Por la mañana, las mujeres son obligadas a oír misa, y las beatas rezarán seguramente por el alma de las 600 mujeres que fusilaron los fascistas al entrar en Toledo.

Un evadido, que estuvo allí desde entonces, trae el recuerdo cargado de horrores. Recuerda cuando los fascistas abrían el pecho a los heridos del Hospital de Fuera y el Colegio de Huérfanos y los echaban sal y vinagre dentro. Cuando los moros remataban a los heridos en sus camas con las bayonetas. Cuando los presos, conducidos hasta La Pista, se arrojaban del coche en marcha y eran cazados a tiros.

En La Pista se cubría a los cadáveres con paja, se les rociaba de gasolina y se les quemaba. Al coche que los conducía allí le llamaban «Coche de la calle del Matadero de Madrid número 17».

¡Sesenta evadidas!

Los campos de Toledo sometidos al enemigo están por cultivar. Los presos son sacados al amanecer por la Civil y llevados a trabajar hasta que anochece, pero esto no basta. Los campesinos ganan tres reales de jornal. El luto y la miseria lo cubren todo.

Y, sobre esto, el miedo y el desaliento. La guerra se alarga, vuelan cada vez más aviones leales. Suena más poderosamente nuestra artillería, y el Ejército del pueblo lleva ahora la ofensiva.

Los fascistas españoles, impotentes, lo fían todo a los fascistas ex-

tranjeros. Y hasta una gran parte de la población que simpatizaba con ellos, o simplemente tenía temor al movimiento revolucionario, daría la mitad de su vida por volverse atrás.

Durante la última refriega ocurrida dentro de Toledo, nuestros soldados vieron una bandada de mujeres que huían a campo traviesa.

Cuando pasamos por Mora, vueltos del frente, un vecino de Sonseca nos trae la noticia, todavía no confirmada, de que 60 mujeres acababan de llegar a Ajofrin, evadidas de Toledo.

Por los pueblos que cruzamos he corrido la misma noticia.

LINO

(«Mundo Obrero», de Madrid, 8 agosto de 1937.)

Las informaciones que publica este BOLETIN responden siempre a la veracidad más estricta

Marquesas las hijas y Marqués el padre

Siete hijos tuvo el Marqués de Marzales. El Marqués de Marzales es don Pablo Larios, gentil-hombre grande de España, caballero de todas las órdenes. Alcurnia de rancio abolengo, rollos de pergaminos a montones, y ¡por fin!, un hijo en su descendencia. Las niñas, marquesas. El varón, marqués. La buenaventura del niño andaluz es profética: «Tienes ojos de aviador; desde lo alto del cielo harás yesca ciudades abiertas.» El marqués, niño y señorito, ríe. Las niñas se casan, se quieren casar. ¿Con quién? Se cansan. Siete por siete ya no hay Infantes de Lara dispuestos a perder la cabeza por ellas. De las siete, una sola contrae justas nupcias con el hijo del general Primo de Rivera. El hogar es feliz. Se aumenta la cosecha de pergaminos con el marquesado de Estella; se brinda por la prosperidad de la Patria con un vino que elige el suegro Dictador.

Pero a casa del aristócrata ha llegado la República. Por lo pronto, la República no es sino una ventana abierta en el viejo caserón. A la luz clara se ve la trampa. Los títulos de nobleza se mustian, el niño es un vago, y quedan por casar seis niñas alicaídas...

La República de trabajadores es trágica para el «Señor Marqués». Hay que cerrar a toda costa la ventana abierta. Se cuenta para ello con los militares infieles a su Patria, con el clero infiel a su Religión. Se cuenta para ello —y no se acaba de contar— con el dinero de March.

Producida la traición del 18 de julio, las marquesitas, alistadas o atontolinadas en la Falange, avanzan camino de Madrid en la más abigarrada compañía militar. Dos de ellas, María Luisa Larios y Fernández de Villavicencio y María Isabel Larios y Fernández de Villavicencio, son halladas en un pajar de Brunete por las tropas de la República. Fueron atendidas, fueron respetadas. Hoy sufren su cautiverio en un jardín. Tienen comida sana y abundante. Viven en habitaciones ventiladas y alegres. Ellas mismas lo han reconocido:

—Desde la escena del pajar hasta este momento, hemos sido objeto de toda clase de respetos. Nadie nos ha molestado. Comemos bien; nada nos falta de lo necesario, y en ningún momento nos han vejado.

—¿Es así como creían ustedes que la República trata a sus prisioneros?

—Desde luego—responde una de ellas—. No podía ser de otra manera; al fin y al cabo todos somos españoles.

—Todos no, señorita. Veamos el caso de su padre.

Según la declaración prestada ante la Fiscalía

del Tribunal Popular de Murcia por el testigo Manuel León Muñoz, natural y vecino de Málaga, de profesión vendedor ambulante, resulta que el señor Marqués don Pablo Larios, es un traidor.

Mezclado entre la baraúnda de gentes que huyendo del terror fascista llegaron a Málaga, confundida su presencia sospechosa, en el mercado de la ciudad, un viejo que se hizo pasar por vendedor de huevos y gallinas. A media voz se quejaba de su amarga suerte. Los facciosos eran, según él, los únicos culpables. La hija —¡su única hija!— se la habían arrebatado unos moros y ¡a saber el triste fin que habría tenido la infeliz!

Los vendedores ambulantes, apenados por su angustiosa situación, le trataron solícitamente, le llevaron a los sindicatos, donde se le proveyó de la oportuna documentación para que nadie le molestara, y le proporcionaron una cantidad para que atendiera a los pequeños gastos de su puestecillo de recovo.

Unos días después, Málaga caía en poder del ejército invasor. Empezó inmediatamente la implacable obra de persecución contra el pueblo republicano. Pero el viejo mendigo «camuflado» de remiendos, el «Señor Marqués» por otro nombre, sabe pronunciar en portugués, en italiano y en alemán, la palabra «Caudillo». Don Pablo Larios —¿que habrá sido de su «única» hija entre los moros?— tiene a sus dos hijas sanas y salvas entre los leales, entre los españoles, amparadas y tendidas por el Gobierno legítimo de la República.

Mientras tanto, este nuevo Don Pedro el Cruel, que se llama don Pablo, sentado en el despacho de la Comandancia Militar de Málaga, asesora a los generales fascistas sobre la personalidad de los detenidos. Han comparecido ante él sus antiguos camaradas del mercadillo malagueño.

Dijo el Señor Marqués:

—Estos son...

—Entonces, ¿se les fusila?

—¡Claro!—terminó el «noble» aristócrata.

Los infortunados fueron luego sacados en grupos y llevados al lugar donde les esperaban los piquetes de ejecución.

Aquí da fin la declaración prestada ante la Fiscalía del Tribunal Popular de Murcia por el testigo Manuel León Muñoz.

—Al fin y al cabo —señoritas María Luisa y María Isabel Fernández de Villavicencio— no todos somos españoles. En el escudo de ustedes, «señoritas de pajar», está escrita, sobre las rayas y cruces de los estandartes fascistas extranjeros, la palabra «traidor».

La inmoralidad es tan grande en el campo faccioso andaluz, que no extraña ni el caso insólito de que Queipo de Llano se dedique al contrabando

Por la situación geográfica, por su condición de puerto franco y por su proximidad al campo rebelde, Gibraltar es visitada frecuentemente por personajes y personajesillos del fascismo español y extranjero.

Centro de abastecimiento —ya que en la zona facciosa se carece de la mayoría de los artículos—, acuden a Gibraltar los facciosos a efectuar operaciones comerciales. Operaciones comerciales que son siempre negocios sucios para los fascistas. Al amparo de ellas se vive, se desarrolla, se nutre y crece su inmoralidad. Inmoralidad latente y potente en todos; inmoralidad que se respira en su ambiente.

Tan grande es esta inmoralidad, que lo llena todo; todo lo abarca, en la plana mayor del fascismo. No está limpio de ella nadie, y mucho menos podría estarlo Queipo de Llano, el consocio del aventurero Griffiths. Por eso no ha extrañado lo ocurrido recientemente, hecho que demuestra que el «speaker» de la radio de Sevilla se dedica al contrabando, valiéndose de su autoridad de jefe, aunque haya asombrado un poco el impudor con que se ha realizado dicho contrabando.

Días pasados se presentaron en esta plaza unas encompetadas familias sevillanas, que, abiertamente, adquirieron una gran cantidad de

objetos de perfumería y de tejidos de valor. Emplearon en las compras una suma elevada. El dependiente del almacén, quizás intencionadamente, acaso recordando la aduana, que tan rigurosa se muestra con los obreros que han de cambiar allí sus salarios, les habló de ella.

—A nosotros —contestaron con todo cinismo— no se nos molesta en la Aduana española; somos íntimos de Queipo de Llano. Para su familia son algunos de estos géneros. Por eso venimos recomendados, por el propio Queipo, a las autoridades aduaneras.

Estos casos se repiten con frecuencia. Diariamente llegan «emeros» del fascismo a especular en operaciones de cambio de monedas —moneda que se les arrebató a los obreros en la Aduana— y a hacer compras.

El miedo se apodera de los facciosos de Granada

Este frecuente visiteo hace que se conozcan noticias de los pueblos que sufren el oprobioso yugo del fascismo.

Recientemente llegó un comerciante de Granada que, hablando con un amigo, relató la vida angustiosa de la capital de la Alhambra. —Las tropas leales —dijo— llega-

ron a dominar unas alturas tan próximas en su último avance, que desde la población se oía el tabletear de las ametralladoras. El peligro enloqueció a los fascistas. El comandante militar requisó todos los talleres mecánicos, movilizó a todos los obreros hábiles, obligándoles a la fabricación de bombas y se pidieron aviones. Y cincuenta aparatos —de bombardeo y caza— volaron sobre la ciudad.

El comerciante granadino confirmó la actuación criminal, ya conocida, de las hordas sueltas del fascio. Capitaneadas por señoritos chulos, alentadas por la reacción cerril e intransigente, cuyo espíritu se encarnaba también en aquellos mismos señoritos flamencos, llenaron de terror, de sangre y cadáveres la ciudad.

Declaró que había causado mal efecto el asesinato de García Lorca, poeta del pueblo, admirado y querido en Granada, como mal efecto causaron las muertes de tantos otros intelectuales y hombres de ciencia. Pero las bandas de foragidos del fascismo imponían su autoridad salvaje. Y las personas dignas pagaron con su vida esa cualidad. No quisieron someterse a la tiranía fascista, y ésta las asesinó. Ha referido también este vecino

Nueva y grave modalidad de las disensiones en la retaguardia facciosa

Alcaldes alemanes en Ayuntamientos andaluces

«Las disensiones en la retaguardia facciosa han tomado una nueva modalidad, debido a la actitud adoptada por los alemanes que se encuentran en Andalucía, los cuales se quejan de que Franco no les paga en proporción al trabajo que realizan. En vista de esto, los alemanes han decidido apoderarse de las administraciones locales y de las aduanas.

La Línea, Algeciras y otras poblaciones del Campo de Gibraltar, tienen ya alcaldes alemanes que ejercen su autoridad desde los Ayuntamientos.»

(«Daily Herald», 6-8-937.)

de Granada lo ocurrido con el conserje del ayuntamiento de aquella ciudad. Dicho conserje era un anciano respetado y querido por todos. Llevaba 45 años en el ayuntamiento, y por su probidad y rectitud mereció siempre consideración y confianza.

Se le respetó por cuantas situaciones políticas desfilaron por el municipio. Fueron los fascistas los que no le respetaron. Por el hecho de pertenecer a Izquierda Republicana, se le asesinó. Y no a él sólo. Se le asesinó en unión de su hijo, casado y con varios hijos. Se les fusiló a los dos. Y los nietos del conserje quedaron en el mayor desamparo.

Los facciosos dirimen sus diferencias a tiros

Habló también de un conato de sublevación habido en Granada hace algún tiempo. Este conato puso de manifiesto la falta de conexión de ese conglomerado integrado por falangistas, requetés, monárquicos, moros, italianos y alemanes, conglomerado unido solamente por vínculos de común delincuencia.

Agregó que la nota dominante en

el vecindario granadino es de cansancio, de agotamiento y decaimiento moral; síntomas que se acentúan día tras día y que van observándose hasta en los que en un principio fueron colaboradores de la traición. Los alemanes con su despotismo; los italianos con su degeneración, con su infima moral; los moros con su salvaje odio racial y espiritual, y el legionario, basura social reclutada en los bajos fondos, con sus actos han hecho odiosa e insostenible la vida en Granada.

La crueldad por sistema y la grosería como práctica lícita, tienen al vecindario en una constante tensión nerviosa.

El comercio sufre las consecuencias de esta plaga despreciable. Escasea todo; los productos farmacéuticos, hasta los más simples, faltan en absoluto. Las tiendas dan una penosa sensación de pobreza.

El comerciante granadino terminó hablando de la situación ruinosa en que se encuentra, ruina ocasionada por las contribuciones elevadísimas y por las «voluntarias» suscripciones y ahorrando esperando la legalidad republicana.

En la Habana

Conmemoración del primer año de guerra

Para conmemorar el primer aniversario de la guerra y manifestar su adhesión a la República española y a su Gobierno legítimo, se han celebrado varios actos en la Habana, que han revestido una importancia sin precedentes en Cuba.

Cubanos y españoles, en número de más de quince mil, se reunieron en un grandioso mitin celebrado en el parque Hatuey, mitin que superó en concurrencia y en entusiasmo, si cabe, al celebrado el 14 de abril último.

El acto fué presidido por el Encargado de Negocios, señor don Jaime Montero de Madrazo, y en la tribuna presidencial se veían catedráticos, profesores, intelectuales, artistas cubanos, así como una representación de lo más inteligente y responsable de la colonia española.

El señor Encargado de Negocios abrió el acto pronunciando un admirable discurso, en el que señaló el carácter de la sublevación militar de los que buscaban ascensos con moros dentro de España.

A continuación, el distinguido abogado español, emigrado de Galicia, don Gerardo Álvarez Gallego, hizo uso de la palabra, relatando con párrafos vibrantes los crímenes cometidos en Galicia por las bandas al servicio de los facciosos.

Seguidamente, la doctora cubana Mirta Aguirre, se adhirió a la democracia española, en nombre de las mujeres cubanas. Su discurso fué una admirable exposición de cuanto significa la lucha de España contra los fascismos europeos.

Le siguió en turno el poeta y autor dramático español Angel Lázaro, que afirmó la solidaridad de lo mejor de la inteligencia española con la República, con su Gobierno legítimo y el pueblo que lo apoya.

Cerró los discursos, en nombre de los intelectuales cubanos, el profesor Carlos Rafael Rodríguez, poniendo de relieve la identificación del verdadero sentimiento cubano con la causa de la democracia española.

Al día siguiente, domingo 18, desfilaron por el Circulo Republicano Español más de veinte mil personas, para depositar una flor en homenaje a los caídos, defendiendo la República. Un retrato del gran poeta Federico García Lorca figuraba al pie del obelisco levantado en honor a los muertos.

Uno de los primeros en acudir a rendir este homenaje fué el insigne poeta y escritor español Juan Ramón Jiménez.

Las estaciones de Radio celebraron emisiones especiales dedicadas a exaltar el heroísmo del pueblo español, tomando parte en estos programas lo más selecto de la intelectualidad cubana, entre cuyos nombres figuran el del catedrático Roberto Agramonte, ilustre profesor de la Universidad de la Habana, y el del doctor Emilio Roig de Leuchering, Historiador Oficial de la Ciudad. Sus palabras fueron de viril condenación para los mismos generales facciosos que dejaron triste memoria en la época del coloniaje.

«El pueblo de Cuba —dijeron— no puede por menos que estar al lado del sentimiento español y contra sus viejos opresores que tratan de resucitar una España feudal.»

La cuestión religiosa en España

El «Manchester Guardian» del 27 de julio publica el siguiente artículo de uno de sus colaboradores que reside actualmente en Barcelona:

«La Iglesia católica romana ha perdido el carácter que tenía en España antes de la guerra, sus existencia como institución gran propietaria que toma parte activa en la vida económica, social y política de España. Los clérigos políticos —como el obispo de Barcelona, que mandó a sus feligreses rezar por la victoria de las derechas en las elecciones de febrero— no pueden volver. La Religión, como tal, no es perseguida. Aún en Barcelona no existe virtualmente propaganda antirreligiosa, y el «sacerdote combatiente» ha desaparecido por completo de los carteles. Durante la última Feria del Libro se vendió públicamente la Biblia, y con éxito, por la sucursal en Barcelona de la Sociedad Bíblica, que nunca ha sido mo-

lestada. El Comisariado de Propaganda de la Generalidad publica un boletín religioso en inglés, en el cual puede encontrarse abundante información sobre esta materia.

El padre jesuita Luis Rodés, director del Observatorio del Ebro, recibió recientemente una carta del doctor Negrín dándole las gracias por el envío de un folleto; y declaró en una entrevista que le hizo la semana pasada un periodista, que no había sido molestado en lo más mínimo y que no tenía miedo de pasear con traje talar. En Gijón, capital de la Asturias «roja», puede verse todos los días en las calles al padre Sánchez Guerra de Llano, pariente del general Queipo de Llano, charlando con los milicianos anarquistas y comunistas. Hay todavía siete hermanos legos trabajando en la escuela parroquial de Llanes.

Un católico, Manuel Irujo, es miembro del Gabinete Negrín. En el Partido de Acción Catalana, ad-

mitido recientemente en el Gobierno catalán, hay muchos católicos. Un católico, el señor Ossorio y Gallardo, es embajador de España en París. El Partido Comunista Español en un reciente proyecto de unir todos los movimientos juveniles de España, hizo un llamamiento especial a la juventud católica leal a la República. José Bergamín, uno de los intelectuales más destacados de España, es una figura principal del movimiento católico juvenil.

De hecho, hubo muchos católicos opuestos a la política y actitud de la Iglesia española, que condenaron sin reservas su participación activa en la rebelión militar. Los que con más bríos defendieron esta opinión, y más sufrieron por ello, fueron los vascos. El Presidente del País Vasco es católico. Yo mismo he asistido a misa de campaña en el frente vasco. Pero, aún antes de la gran ofensiva rebelde en este frente, antes de la caída de Bilbao, fueron fusi-

lados por los rebeldes unos cuantos sacerdotes en Vitoria y Pamplona. En febrero se tenía ya una lista comprobada de 14 nombres. Cuando cayeron San Sebastián y Bilbao, los nacionalistas vascos dejaron una guardia especial en las iglesias para defenderlas del saqueo y del pillaje de los elementos maleantes, sin control político, que pudieran aprovechar las circunstancias para sus abusos.

Por consiguiente, no existe persecución de la religión en cuanto a tal. Mucho antes de la guerra civil, la Iglesia, por su propio materialismo, había perdido su ascendiente sobre la mayoría de la población masculina, exceptuando los distritos tradicionalmente dominados por ella, como Navarra, Toledo, Burgos y Salamanca. En las últimas elecciones pudo observarse que, aún las mujeres, que habían sido movilizadas por la Iglesia para ganar las elecciones de 1933, eran mucho menos accesibles a su influencia en 1936. Hay, por supuesto, ciertos sectores opuestos en principio a la re-

ligión; pero están en minoría. Aquella entra en juego la idea corriente española de abandonar los excéntricos a sus propias excentricidades. Por tanto, los autorizados de todos los partidos han declarado que todo el mundo puede profesar las ideas que guste, con tal que no se opongan al régimen, que no se haga propaganda de ellas con demasiada ostentación y que no se intente forzar a nadie a adoptarlas.

Hay razones por las cuales se mantienen cerradas las iglesias y están prohibidas las reuniones privadas para celebrar ceremonias religiosas.

Merece la pena hacer constar que carecen de fundamento la inmensa mayoría de las historias espeluznantes de martirios y asesinatos de sacerdotes. He hablado con muchos sacerdotes que se pasean tranquilamente por sus pueblos, que se han mostrado muy sorprendidos al oír los extraños rumores que circulan sobre lo que «los rojos» han hecho con ellos antes de matarles.»

ESTAMPAS de la guerra civil española

Por M. MILLARES VAZQUEZ

(Continuación)

brindar protección a los tesoros de arte. Los milicianos se incautaron del Palacio del Duque de Alba, para convertirlo en museo. Brigadas de vigilancia fueron registrando las mansiones de los aristócratas comprendidos en el movimiento, que tuvieron la afortunada ocurrencia de ponerse a salvo. ¡No se dió ni un solo caso de saqueo! Palacios lujosos, conteniendo verdaderas fortunas en joyas y mobiliario, pasaron a manos de los feroces «rojos», sin que se produjese la más leve reacción violenta en los registros. Todos los valores y dinero que había en ellos fueron entregados a la autoridad correspondiente, y los objetos de arte iban siendo almacenados en el palacio de Liria, mediante la realización de un escrupuloso inventario.

Yo no digo que no se hayan registrado hechos de venganza personal, siempre recusables. Los que pudo haber habido, desde luego, tuvieron carácter aislado. Los delincuentes existen sin necesidad de conmociones sociales, y se aprovechan de ellas para sus oscuros fines. Pero el pueblo madrileño en general, ese conglomerado de seres humanos sometidos a una legalidad establecida, demostró ser dueño y gran señor de una ilimitada cultura.

Aquellos milicianos de mirada limpia, parecían pregonar con la sencillez de su porte: ¡No queremos los palacios, ni las joyas, ni la riqueza! ¡Queremos la justicia social; que los hombres no se mueran de hambre, que no exista miseria, que todo el que trabaje tenga derecho a vivir!

Un tarde desfilaron por Madrid más de trescientas mil almas. Súbitamente, de un día para otro, se preparó una manifestación de las juventudes obreras. Yo no creo que pueda darse un espectáculo más emocionante en el mundo. Aquel ejército bisono que se batía mano a mano con los insurgentes, iba cobrando una marcialidad visible, reveladora del perfeccionamiento militar que comenzaba a operarse en él.

Únicamente el pueblo español puede dar origen a un espectáculo como el que cuento a continuación:

El cura de Barajas se presentó al Comité de barrio: —¡Vengo a que me fusilen!

Le miraron todos extrañados. El jefe tomó la palabra y dijo:

—¿Por qué hemos de fusilarlo?

El cura de Barajas bajó la cabeza.

—¡Soy el cura del barrio! Hace tres semanas que vivo escondido y no puedo soportar más esta incertidumbre.

Hubo un gran rato de silencio en el salón. Los ojos de aquellos hombres se recorrieron mutuamente. Eran los primeros días del mes de agosto. La guerra lo dominaba todo: el ambiente, los pensamientos, los juicios, las resoluciones. El jefe del comité de barrio volvió a tomar la palabra para decir secamente:

—¡Vuelva mañana!

El cura de Barajas se presentó otra vez a la mañana siguiente. Allí estaban todos los hombres que había visto el día anterior. Ni uno sólo dejó de mirarlo con interrogante asombro. El local se llenó de silencio. La frente del cura, amplia y despejada, se destacaba junto a la puerta, un poco inclinada hacia el suelo.

El jefe del comité de barrio adelantó unos pasos hacia él. Llevaba la mirada ensombrecida:

—¿Qué hace usted aquí?

El cura de Barajas levantó los ojos. No contestó. Sus pupilas se detuvieron valientemente a contemplar las sombras que aquel hombre impassible tenía en los ojos. Y una ráfaga de silencio se interpuso entre los dos.

El jefe del comité de barrio le puso la diestra encima de un hombro. Severamente, sin variar un milímetro la expresión endurecida de su rostro, dejó salir las siguientes palabras:

—¡Váyase usted de aquí, y no vuelva! ¡No tenemos por qué fusilarlo! Salga a la calle y sea un hombre como los demás.

Los ojos claros del cura de Barajas se enturbiaron. Descendieron por su rostro unas lágrimas silenciosas y, visiblemente emocionado, dijo:

—¡Quiero ingresar en las milicias del pueblo!

El jefe del comité de barrio le clavó los ojos hasta el fondo de los suyos.

¡Y le entregó un fusil!

EL REGRESO

Cuando solicité en París billete para Barcelona, el expendedor se entretuvo en contemplarme con la misma sorpresa que si se tratara de un fenómeno de feria. En aquellos días era lo corriente salir de España con la precipitación natural del que huye de la candela. Los periódicos contaban diariamente cosas tremebundas, atribuidas, desde luego, a los «feroces» anarquistas que se habían apoderado por completo de la nación, prevaleciendo el caos en ella. Luego, por el camino, a medida que nos aproximábamos a la frontera, el tren se iba llenando de relatos truculentos que tenían la rara virtud de sobrecogerle el ánimo a cualquiera. Dos hombres que montaron en Perpignan para apearse en Cervere, me aseguraron a boca de jarro que cada vaso de agua valía en Madrid una peseta.

—¿Ustedes cómo lo saben?

—Lo cuentan los viajeros. Los rebeldes se apoderaron de los embalses de Lozoya.

Nada era cierto, desde luego. Ni los embalses de Lozoya estaban en poder de los rebeldes, ni el agua había escaseado nunca en Madrid. Ya dije cómo los madrileños habían restablecido voluntariamente la normalidad en el casco de la población, mientras se combatía fieramente en la Sierra. Ni dominaban los anarquistas, ni había caos, ni se comían a la gente cruda.

En Madrid, sin embargo, había ciertas gentes dedicadas a propagar cosas alarmantes que «ocurrían» en otros lugares de España. Aquí, en la Habana, esas cosas que «ocurren» o van a «ocurrir» reciben el nombre de «bolas». En castellano castizo, se llama bulo a todo eso.

Cuando anuncié mi regreso a la Habana por la vía de Francia, lo primero que supe es que si tomaba el tren de Barcelona corría el peligro de ser aprisionado por las tropas fascistas, cosa que, lo confieso, no me hizo gracia ninguna. Me recomendaron que saliera por Alicante. Pero esta ruta ofrecía el inconveniente de su prolongación hasta Orán, para luego tomar un vapor de los que cubren la travesía de Marsella. Demasiado llo para un hombre con equipaje. Me acordé de las recomendaciones que me habían hecho antes de entrar en España y decidí seguir la misma conducta de entonces para salir. Madrid, Albacete, Valencia, Barcelona. Creo que llegamos con un cuarto de hora de retraso. Habíamos perdido treinta minutos en Madrid, por culpa de un bombardeo aéreo que, sin alguna, me dedicaron de despedida. El tren apagó las luces y, envueltos en la oscuridad, fuimos alejándonos poco a poco de la capital de la República.

No hubo más. Veinticuatro horas seguidas de viaje, y todo ofrecía la más absoluta apariencia de normalidad. Únicamente al llegar a las estaciones importantes se notaba, por la afluencia de milicianos, la presencia de la guerra civil.

Al entrar en Francia, las cosas cambiaron totalmente. Otra vez las truculencias, los relatos impresionantes, la alarma constante de la guerra española. Sólo que ahora se podía observar el nacimiento de una corriente de simpatía favorable al Gobierno. El Frente Popular francés estaba actuando febrilmente cerca de los organismos políticos pidiendo que se ayudara al Gobierno legítimo de España; se recaudaban importantes sumas entre los obreros; se celebraban mítines y conferencias en favor de la República agredida.

En el hotel de París, donde estuve hospedado, el propietario, un señor catalán de rancias preferencias, se llenó de asombro al verme aparecer con la misma vida, o más, que tenía cuando entré en España.

—¿Pero pudo usted volver?

—Desde luego, si no no estaría ahora aquí.

Probablemente proporcioné un gran disgusto a aquel pobre hombre con mi súbita llegada. Aquel hotel se encontraba lleno de «aristocráticos patriotas», que esperaban con la natural impaciencia y nerviosismo la llegada de la ocasión propicia para volver a España. Habían dado dinero para la sublevación y sólo les quedaba aguardar a que murieran bastantes infelices. Luego emprenderían el retorno triunfal, como pomposos salvadores de su país. A mí me queda el consuelo de haber sido el causante de algunas malas digestiones tenidas por aquellos hermosos ejemplares de la inutilidad humana, con sus rostros de aves nocturnas, con su insolente presencia de plebeyo en el comedor, luciendo el botón de la Orden de la República, cuya muerte tanto anhelaban.

Embarqué en el Havre para Nueva York. Momentos antes de partir, cuando el vapor estaba cargando el equipaje, distinguí a un viejo español de Cuba en la cubierta de proa, rodeado de un grupo de personas a las cuales decía, sin duda, algo interesante. Me acerqué. Hablaba, efectivamente, de la guerra española. Venía de Madrid, y relataba con muchos detalles las «calamidades» que estaban sufriendo los madrileños por falta de comida. Ni pan, ni mantequilla, ni carne, ni huevos. Yo estuve oyéndole un rato, y comprendí inmediatamente la finalidad de su discurso. Aquel señor respetable estaba fabricando tranquilamente una «bola». Cientos de ellas había de encontrar luego en la travesía.

El infundio, la calumnia y la difamación, han sido armas hábilmente empleadas por los rebeldes en sus campañas exteriores.

A los once meses de guerra civil, el conflicto español se nos presenta enormemente simplificado. Los generales insurgentes se sublevaron contra la República, contando con todos los elementos militares que tenía la nación para su defensa. Fueron vencidos en el primer encuentro. Intervinieron inmediatamente Italia y Alemania, poniendo al servicio de los sublevados elementos mecánicos más perfeccionados de sus ejércitos; enviaron técnicos, oficiales, tropas regulares en gran número a luchar contra el Gobierno legítimo de España. No han podido obtener una victoria decisiva.

El Gobierno, en cambio, mientras se defendía, estuvo organizando su retaguardia cuidadosamente. Puso en marcha las industrias de guerra, creó escuelas de aviación, academias de artillería, centros de enseñanza naval. Hoy, al cabo de los once meses, cuenta ya con un Ejército organizado, cada vez más fuerte, más entrenado, más poderoso. Establecido el silogismo, el corolario hay que formarlo con la moral del combatiente. Mientras al lado del Gobierno luchan los hombres que sienten la fe del ideal, los insurgentes operan con tropas mercenarias.

Once meses de guerra. Ya están las cosas en su sitio. Decid ahora vosotros ¡de quién va a ser la victoria!

FIN